

EDUARDA MANSILLA: MODERNIDAD Y MODA

Jimena Néspolo*

La escritora argentina Eduarda Mansilla o «La Fantástica» – como la llamó tempranamente Clorinda Matto de Turner¹ – despierta desde hace unos años creciente interés en los cenáculos académicos, por múltiples y justificados motivos. Efectivamente, esta figura literaria comienza a ser revisitada, básicamente desde los estudios de género, desde un lugar problemático: su perfil no encaja en el prototipo de luchadora feminista, más bien a veces atenta contra él y, sin embargo, su hacer adquiere visos de rotunda excepcionalidad (Molina, Szurmuk, Lojo, Mizraje, Chikiar Bauer). La vida de Eduarda no sólo actualiza el modelo conservador de mujer tradicional, definida en sus múltiples roles de hija, esposa y madre, sino que incluso asume ‘la familia’ como una cuestión artística, diplomática y patria. No obstante, su reflexión sobre la moda, las costumbres y la mujer en sociedad es una muestra riquísima de crítica cultural que – leída a la distancia – revela la audaz actualidad de su pensamiento.

A lo largo del siglo XIX el discurso de la moda vehiculizó el ideal de vida civilizada que la revolución en los patrones de consumo había activado en la cultura hispanoamericana a partir de los procesos emancipatorios. En el Río de la Plata, dos publicaciones de fines de la década de 1830, *La Moda* y *El Iniciador*, manifestaron de manera contundente la fe que diversos miembros de la Generación del 37, como Juan Bautista Alberdi, Miguel Cané o Andrés Lamas, profesaban por la moda en tanto matriz de activación de lo nuevo. Alberti, Sarmiento o Del Monte, pensaban que quienes se mantenían alejados de ella quedaban excluidos del progreso, puesto que frente a la babilonia de las viejas costumbres las novedades suponían el más alto grado de racionalización occidental alcanzada (Goldgel).

* CONICET-ILH, Universidad de Buenos Aires.

¹ Agradezco esta referencia a Carlos Alvarado-Larroucau y a Marina Guidotti el acceso a algunas fuentes aquí trabajadas.

Eduarda Damasia Mansilla nace en Buenos Aires en esa década romántica encendida por la pasión de lo nuevo (1834-1892). Es la segunda hija de Agustina Ortiz de Rozas y del general Lucio Norberto Mansilla, quienes por herencia – ella – y por propio mérito – él – llegaron a ser dueños de extensos campos en la pampa argentina. A través de los recuerdos de su hijo Daniel y, principalmente, de su hermano Lucio V. Mansilla (1831-1913) es que podemos acceder a estampas familiares, escenas de infancia o de la vida social y cultural de la escritora y múltiples recuerdos que la muestran tanto o más apta que el autor de *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), para el camino de las artes y las letras. Hay una escena rescatada numerosas veces por la crítica que nos muestra a la niña Eduarda oficiando de traductora entre dos figuras más que relevantes de la política internacional de entonces: Rosas, el caudillo argentino, tío materno de los hermanos Mansilla, y el conde Alejandro Colonna-Walewski, hijo de Napoleón y representante del rey Luis Felipe ante la Confederación Argentina, enviado especialmente a Buenos Aires para intervenir en el conflicto que determinó el bloqueo francés, en 1845.

A partir de esta escena capital, la crítica ha insistido en observar el fuerte rasgo ‘mediador’ que atraviesa toda su obra, un esfuerzo denodado por mediar e interrelacionar las culturas (Batticuore 283): traducir América para los europeos es lo que intenta Eduarda Mansilla en *El médico de San Luis* (1860) y todavía más en *Pablo ou la vie dans les pampas* (1869); pero también explicar a los argentinos las costumbres y los hábitos de la realeza europea en *Lucía Miranda* (1860) o las delicias y fealdades de una nación moderna y en todo diferente a su patria de origen en *Recuerdos de viaje* (1882).

Daniel García-Masilla, hijo de la escritora, señala en su libro *Visto, oído y recordado. Apuntes de un diplomático argentino* (1950) que la realización del matrimonio de sus padres fue vivido como un hecho político de alcance nacional que, en los hechos, se materializó en el pedido por parte de los cónyuges de que sus apellidos fueran desde entonces un solo bloque inseparable: en ‘García-Mansilla’ confluían las dos líneas antagónicas que habían violentamente escindido, hasta el momento, al territorio del Río de la Plata (los García, diplomáticos y jurisperitos, liberales, rivadavianos, unitarios y amigos de lo extranjero; y los Mansilla, militares, federales, nacionalistas y desconfiados de todo lo foráneo).

En 1855 Eduarda se casa con el abogado y diplomático Manuel Rafael García (hijo de Manuel José García, ministro de Relaciones Exteriores de Bernardino Rivadavia²). En 1860, Manuel Rafael García es comisionado para estudiar las

² Bernardino Rivadavia (Buenos Aires 1780 - Cádiz 1845) fue el primer presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, cargo que ocupó entre el 8 de febrero de 1826 y el 27 de junio de 1827.

características y el funcionamiento de la justicia en los Estados Unidos de América, siendo Sarmiento³ embajador en Washington. La dama elegante, que acababa de publicar dos folletines en el Río de la Plata, arriba por primera vez al país del norte en 1861, con sus hijos, sus trajes y su marido (secretario de la Legación Argentina) a cuestas. Tres años más tarde, García continúa su carrera diplomática en Europa (ante Francia, Gran Bretaña, Italia y España); la familia se instala en París y esporádicamente visita Italia. Eduarda frecuenta los círculos de la alta sociedad política, cultural y diplomática que su posición de esposa del diplomático le habilita, hasta 1868 en que García es nombrado ‘ministro plenipotenciario’ ante el gobierno de Estados Unidos y la familia vuelve a trasladarse a Norteamérica. García y Eduarda pasan a formar parte del círculo de amistades del presidente Ulysses Grant. Daniel García-Mansilla comenta que Eduarda «era de una de las mujeres más elegantes de Washington. Con frecuencia cantaba acompañándose del piano en las reuniones de la Casa Blanca. Dos veces por año enviábanle desde París, desde las casas Worth o Laferrière, así como de Viot, los vestidos, abrigos, pieles y sombreros de estación» (88). Por su parte, aseguraba Sarmiento en *El Nacional* (14 de julio de 1870) que un retrato de Eduarda lucía «en el *Blue Room*, de la *Casa Blanca*» en Washington (Saenz Quesada 37).

En 1873, el presidente argentino Domingo F. Sarmiento, le asigna a García la dirección y vigilancia de la construcción, en Inglaterra, de la primera flota de guerra moderna de la Marina argentina. La familia regresa a Europa y se instala en París, y García viaja regularmente a Londres. En la ‘Ciudad Luz’ nace el último de los hijos de Eduarda, (Carlos, 1875), y su hija mayor, Eda, se casa con Charles Jules Marrier, barón de Lagatinerie. Este recorrido sucinto de nombramientos y mudanzas acaso no da cabal cuenta del círculo de relaciones políticas y culturales que durante esos años se urde en y alrededor del matrimonio: asisten al teatro, a la ópera, arman veladas y representaciones teatrales en su casa... En París – por ejemplo – Eduarda asiste a las tertulias en la corte de Eugenia Montijo – la esposa de Napoleón III, última emperatriz de Francia (1853-1871) – y conoce a escritores y artistas renombrados: Alejandro Dumas, Julio Verne, Victor Hugo, los músicos Rossini, Gounod y Massenet. Particularmente, los García tramam amistad con Édouard de Laboulaye y Jacobo Bermúdez de Castro, que estimulan auspiciosamente a la escritora y de cuya amistad da testimonio en distintos textos publicados al regresar a Buenos Aires.

³ Domingo Faustino Sarmiento (San Juan, Provincias Unidas del Río de la Plata 1811 - Asunción, Paraguay 1888) fue un estadista argentino, escritor, docente, periodista y militar. Entre 1862 y 1864 gobernó la Provincia de San Juan, fue presidente de la Nación Argentina entre 1868 y 1874, Senador Nacional por su Provincia entre 1874 y 1879 y Ministro del Interior de Argentina en 1879.

volvamos al París de los placeres, del lujo, de las extravagancias, de los extranjeros, del ruido y de la frivolidad, donde, no obstante, el pensamiento humano se concentra y se encumbra como en parte alguna, para desparramar luego sus rayos luminosos por todo el globo, merced á sus libros, á sus revistas, á sus diarios, y hasta á sus modas. París frívolo que imprime su sello á las artes, consagra los talentos, alimenta los cerebros y viste á su capricho al mundo civilizado (“¿Qué fue?”: s.p.).

En efecto, luego de dieciocho años de ausencia Eduarda decide viajar a Buenos Aires en compañía de su hijo más pequeño, en 1879. De los años posteriores data la mayor parte de su producción periodística, literaria y musical: Eduarda lee mucho, escribe cuentos, canciones, novelas cortas y artículos periodísticos, asiste a conciertos y bailes, se sumerge gozosa en la vida cultural porteña como una «distinguida matrona que honra las letras Argentinas» (*La Gaceta musical*, VI: 8).

La mujer norteamericana: modernidad y moda

No obstante, ¿por qué de la infinidad de travesías realizados por Eduarda decide en *Recuerdos de viaje* (1882) centrarse en su experiencia en los Estados Unidos de América? ¿Y por qué el segundo tomo – que se anuncia en sus páginas – nunca sale a la luz? Es posible que dentro del arcón que contenía numerosos textos inéditos de la autora, arcón extraviado pocos años después de su muerte acaecida en Buenos Aires en 1892, se encontrara el segundo tomo entonces anunciado. Es posible, también, que el misterio haya sido abonado por el pudor de la misma autora. Del estudio de su figura, se desprende con premura una paradoja singular: siendo una de las escritoras argentinas más ilustradas e influyentes del siglo XIX, cultural y políticamente, su obra hasta hace poco tiempo era prácticamente desconocida y/o de muy difícil acceso. Su condición femenina, la estancia en el exterior por casi veinte años, el hecho de que Eduarda escriba a la vez pensando en un lector nacional y foráneo (asumiendo incluso una condición francófona⁴), la fuerte impronta tradicional-hispánica y federal de sus ficciones, la intervención ‘regente’ de su hermano

⁴ «En Argentine, le travail d’une femme marque les origines de l’écriture francophone, celui d’Eduarda Mansilla, *la Fantástica*. Vers 1916, on constate l’émergence d’un groupe de femmes qui écrit en français. Il s’agit des ‘Précieuses argentines’, comme les intellectuelles françaises du XVIIIe siècle, elles constituent ‘un ensemble de femmes du monde et de femmes de lettres’ et par leur choix d’une langue d’écriture, un groupe hors du commun». Alvarado-Larroucau. “Les *Précieuses argentines*: littérature francophone d’Argentine”. *Francofonía*, 2009 [s.l.e.]: 194-215.

Lucio en las traducciones que de su obra realizara y, sobre todo, la postrera recomendación de no reeditar los textos de su autoría, y mucho menos publicar sus textos inéditos, son algunas de las causas que pueden esgrimirse para explicar la lectura asincopada y tardía por parte de la academia.

Como un río tormentoso y subterráneo, su mitografía creció – no obstante – a lo largo de los años. En 1928, en pleno fervor martinfierrista, la popular revista *Caras y Caretas* publicaba esta curiosa semblanza: «Rara mujer! En estos días en que la literatura femenina avanza sin que las obras que produce sean todas encomiables, doña Eduarda Mansilla de García, autora de libros de viaje y de algún drama, que fueron aplaudidos, dictó, al morir, la orden de que se recogieran las ediciones y se las quemara» (*Caras y caretas*, n. 1527: 108).

Criolla, excéntrica y cosmopolita, en *Recuerdos de viaje* Eduarda Mansilla da buena cuenta de la agudeza, maledicencia y erudición que su pluma – lanzada a conquistar de una vez y para siempre los cenáculos porteños – puede alcanzar. Estados Unidos se le ofrece, por tanto, como un escenario suficientemente próximo a los lectores vernáculos: si la densidad cultural e histórica de París, Florencia o Viena resulta inabarcable para cualquier sudamericano, Washington o Nueva York huele a nuevos ricos o a aventureros, son puertos con los que la Buenos Aires finisecular, que se quiere pujante y moderna, puede y/o quiere medirse:

Las iglesias no producen en Nueva York el mismo efecto que en las ciudades europeas, aún de menor importancia. Por lo general, son poco bellas, modernísimas y con el sello de la construcción de ayer, que les quita gran parte de su encanto, no sólo arqueológico sino estético. En la América del Norte, como en la nuestra, el viajero no halla esos preciosos recuerdos históricos, revelados por los monumentos, por la fisonomía misma de las ciudades. Todo es allí obra del presente, nuevo, novísimo y exento de ese encanto misterioso que el tiempo imprime a las piedras, a los edificios, a las cosas (*Recuerdos*: 55).

El texto se desenvuelve a lo largo de más de ciento cincuenta páginas en la perpetua oscilación entre la atracción y el rechazo que la sociedad, las costumbres y los nuevos brillos que los vecinos del Norte le generan a la escritora. Publicado, y quizá también redactado, unos cuantos años más tarde que la ‘experiencia’ que es materia de relato, Eduarda para entonces ya define un estilo propio en los medios periodísticos de Buenos Aires: si bien el viaje que protagoniza autobiográficamente en el texto es en su carácter de ‘diplomática consorte’, el estilo que asume su pluma es más bien de ‘reporter’: salvo aquellas escenas ligadas al mundo diplomático (como la ceremonia del *shake hands* que Lincoln representaba el primero de año en la White House), casi ni menciona a su marido ni las obligaciones inherentes a su posición, más bien las asume en

tanto ‘dama distinguida’ que se ha colado en situaciones señoriales, situaciones de las que tiene un conocimiento directo pero desde un lugar periférico o acaso marginal.

María Rosa Lojo señala que el recurso al viaje a los Estados Unidos tiene, en el momento que Eduarda publica el texto estando en Buenos Aires, varios ‘usos políticos’: 1) Retomar y discutir el conflicto ‘civilización/barbarie’, ‘unitarios/federales rosistas’, desde la sociedad dividida en Unión/Confederación; 2) instrumentar una voz femenina y autónoma, que demuestra conocimientos prácticos, históricos, artísticos y políticos, y que puede por tanto oponerse con legitimidad a voces masculinas autorizadas en su visión del mundo *yankee* (como la de Sarmiento, por ejemplo⁵); 3) mostrar el éxito efectivo, en esa sociedad, de dos utopías de poder femenino capaces de superar las dicotomías centradas en la autoridad maternal del *home* y en el trabajo literario profesional pago (14-15).

Veamos, por tanto, el siguiente pasaje de *Recuerdos* que hace específica referencia a la moda y las costumbres de la mujer norteamericana:

Las Norteamericana no se vestían entonces *in full dress*, (traje de baile) para la ópera: así es que el golpe de vista que presentaba en esa noche el gran teatro de Filadelfia, nada de notable tenía.

La mujer *Yankee* es por lo general más atrayente en *toilette* de paseo, y como lo sabe, evita el escotarse, siempre que es posible. Delgada, muy delgada, generalmente, carece de esa gala escultural que el traje de baile forzosamente revela. Se pinta mucho, con exceso, usa y abusa del colorete más que las Francesas, pues el *maquillage* es exclusivo de Francia a cierto nivel social o a esa edad terrible denominada en todas las lenguas con el adjetivo benévolo, *cierta*.

Pero en Norteamérica las muchachas más frescas y hermosas acuden sin escrúpulo al artificio de los afeites. Fue allí, que por vez primera vi esas cabelleras rubias, producto triunfante de la química aplicada al embellecimiento.

De los Estados Unidos pasó a París la moda de las rubias artificiales. Las elegantes Romanas de la corte de Augusto hubieran, a no dudarlo, sacrificado todo un rebaño para obtener de los dioses el secreto maravilloso que en pocas horas cambia el ébano de una trenza en hilos de oro.

Parece simbolizar ese amor a los cosméticos, este hecho que ocurre en la Unión: los

⁵ David Viñas en su libro *Viajeros argentinos a Estados Unidos* abona, por cierto, esta lectura: «Por eso, adelante: ni la *lady* ni el general, por sus antecedentes familiares íntimamente vinculados al patriarcado rosista – cada vez más *revisado* en la segunda mitad del siglo XIX –, acatan de manera sumisa las postulaciones liberales clásicas del autor de *Argirópolis*. Más bien todo lo contrario. Sus textos sólo se entienden como réplicas: *Recuerdos* y *Ranqueles* irán resultando, en una evaluación totalizadora, la suma de discrepancias que se empeñaban en prolongar los antiguos federales vinculados a Paraná y a la Confederación después de Caseros y, muy especialmente, más allá de Pavón» (60).

perfumes, las esencias de Atkinson y Lubin, los sachets de Guerlain, las *veloutine* de Fay, el *rouge* de Violet se venden exclusivamente en las boticas. En ninguna parte existe mayor variedad de *blanco de perla*, *blanco de lirio*, *blanco de cisne*, *blanco de Venus* y cuantos *blancos* puedan ocurrir a la imaginación fertilísima de un químico poeta en el *drugstore* de los Estados Unidos. Mientras que los *gentlemen*, apuran el espumante vaso de soda *water* que brota ruidoso bajo la reluciente llave, las *ladies* escogen sin misterio alguno, los tintes vanos que les faltan para completar su belleza. En el reluciente mostrador de mármol se confunden, se combinan los afeites con las píldoras de Holloway y Brandz y los elixires de Helnold Buch y Hall (135-136).

Lejos de ser un tema menor, abordar la moda, los usos y costumbres de las mujeres norteamericanas le permite a Eduarda sentar posición frente al debate del empoderamiento femenino que hacia fines de siglo las feministas comenzaban a dar – porque «la mujer americana practica la libertad individual como ninguna otra en el mundo y parece poseer gran dosis de *self reliance* (confianza en sí misma)» (*Recuerdos*: 127). El exceso de maquillaje, la proliferación de ‘blancos’, entonces, que conocen esas mujeres se convierte en sinécdoque de un mismo gesto, el de la exageración y la desmesura que termina copando el ámbito doméstico y también el público: mientras las jóvenes *yankees* se adornan en exceso y aunque son delgadas se alimentan en abundancia «como héroes de Homero» (66), viajan solas, *flirtean* y eligen libremente a su compañero en noviazgos no controlados por progenitores y familias; las mujeres maduras, reinan en el *home* a través de la maternidad. Mujeres libres y empoderadas en su juventud, y libres y empoderadas – incluso – en la jaula doméstica. Porque para Eduarda – es preciso subrayarlo – la maternidad es la extrema realización psicofemenina, del mismo modo que lo fue para otra feminista de cuño ‘extrañado’ como Lou Andreas-Salomé.

Las consideraciones de Eduarda vertidas en distintos medios gráficos porteños durante este período (en *El Nacional*, *La Ondina del Plata*, *La Nación* o *La Gaceta Musical*) comulgan con aquéllas esbozadas por la musa inspiradora de Nietzsche, Rilke y Freud en “Reflexiones sobre el amor”, “Erótica”, “El ser humano como mujer”. Veamos por ejemplo un artículo de Eduarda publicado en el diario *La Nación*, en 1883 (“Educación de la mujer”):

Yo lo confieso, a trueque quizá de arrancar ilusiones a algunos de mis amigos: no soy partidaria de la emancipación de la mujer, en el sentido de creer que ésta podrá luchar con el hombre en el terreno de las ciencias y en su aplicación profesional. Pienso que la naturaleza ha dispuesto las cosas de otra suerte, y que la que está destinada a llevar en su seno al que más tarde ha de ser un hombre, hállese por ese hecho mismo, no digo a la altura de este último, sino más arriba (s.p.).

Ambas, Eduarda Mansilla y Lou Andreas-Salomé, comparten en efecto un malestar con la causa feminista; el malestar de mujeres que, siendo muy influyentes en su época, no se reconocían en un discurso que ponía en escena la subalternidad femenina. En *Recuerdos*, por tanto, construye textualmente a la mujer norteamericana como un sujeto completamente empoderado: «La mujer, en la Unión Americana, es soberana absoluta; el hombre vive, trabaja y se eleva por ella y para ella. Es ahí que debe buscarse y estudiarse la influencia femenina y no en sueños de emancipación política. ¿Qué ganarían las Americanas con emanciparse? Mas bien perderían y bien lo saben» (*Recuerdos*: 129).

Ahora bien, ¿en qué medida esta representación del sujeto femenino que realiza Eduarda responde a una realidad y en qué medida responde a un deseo, a un programa de educación femenina de las lectoras locales? Es preciso, por tanto, leer *Recuerdos* en diálogo con otra batería de textos que por aquel entonces la escritora publicaba en la prensa de Buenos Aires.

En un artículo publicado en *El Nacional*, un par de años antes de la publicación de *Recuerdos*, Eduarda abordaba el tema de la política internacional a fin de mapear los principales rasgos identitarios de las potencias europeas y de Norteamérica. En un tono coloquial y desenfadado, observaba los resabios medievales que sufrían las «naciones viejas», para subrayar el valor indiscutido que en los países jóvenes tienen las instituciones democráticas. En el artículo la autora exponía con brutal y candoroso conocimiento de causa el lugar nulo o inexistente que Argentina ocupaba en el escenario mundial y la ingenua adoración que, en contrapartida, el poder político local sentía por todo lo extranjero:

Sonreía benévola al escucharme monsieur de Laboulaye no convencido q'el europeo es ante todo esclavo de sus preocupaciones y en el mas liberal se encuentra cierto resabio ráncio de la edad media, ya bajo una forma ya bajo otra. Tan pronto tomará la violencia frenética de un Pyat ó el escepticismo risueño y cortez de mi satírico amigo. Mas de una vez he tenido ocasion de observar, cuan poco nos aprecian políticamente; agregaré no obstante, no como consuelo, sino al contrario, que mayor desden que éstos, tienen por nosotros los Americanos del Norte [...].

El Europeo liberal puede en momentos de entusiasmo ver en nosotros *de jeunes prodiges* políticos, mientras que para el Yankee ni siquiera somos una mala cópia de sus instituciones; y á ese respecto *nuestros hermanos* del Norte, dotados de un orgullo satánico, tienen mas de un curioso punto de semejanza, salvo la cuerda grotesca, con nuestros vecinos del Brasil ("Política europea": s.p.).

En la corte de Eugenia Montijo, en los salones de la Casa Blanca o en las tertulias porteñas, Eduarda provoca con sus interpelaciones directas a los presentes, pero pocos escuchan el encendido gesto de revalorización y reposicionamiento que la autora reclama. Es en ese contexto que su 'programa' de educación a la mujer adquiere netos ribetes políticos, económicos y

culturales. En el mismo artículo anteriormente citado – “La educación de la mujer” – Eduarda engarza la reflexión de modo de hacer coincidir ‘maternidad’, ‘creación’ y ‘costura’ como consecuencias lógicas de un mismo gesto de la mujer emancipada: «Yo gusto mucho de la costura para la mujer, y pienso, como Jorge Sand, que cuando la mujer cose, es cuando su pensamiento se reconcentra mejor». El artículo, escrito en forma de carta dirigida a Francisco Lagomaggiore (compilador del libro *América literaria: Producciones selectas en prosa y verso*), es en rigor un diálogo argumentativo en que repone y discute un artículo de José Pedro Varela que el mismo Lagomaggiore le había recomendado. Es decir, toda la reflexión de Eduarda sobre el tema debe ser leída en esa tensión argumentativa en la que ella debe legitimar su voz de mujer entre interlocutores hombres, contrargumentar y – como el arte del *polemos* exige –: vencer. Hay un registro finamente irónico que la escritora despliega e invita a leer desde la misma hilación discursiva que vertebra costura/creación/escritura/guerra. No leer esos matices que acechan en los dobleces, en las solapas de lo dicho y lo no, además de empobrecer la lectura podría erróneamente apuntar contradicciones que en rigor – en este caso – la reflexión no tiene.

En esos momentos, la mujer toma un bordado ó una costura, y de esa suerte no se fastidia, ni como pintorescamente decían nuestros antepasados, peca con el pensamiento.

El trabajo manual es uno de los grandes elementos de felicidad y de utilidad que tiene la mujer. Yo no me cansaré nunca de repetir á las niñas: “Haced vosotras mismas vuestros trajes, cortadlos, guarecedlos, y si es posible, haced tambien los de vuestras madres; que mas tarde os espera la suprema dicha de vestir al *nene*, el encanto del hogar; esa muñeca animada que sonríe, que vive, que ama, y sobre todo, es de uno” (s.p).

Eduarda se declara ferviente adoradora de los hijos, de la familia, de la propiedad, y de la costura como fuente de trabajo y como arte («Soy gran partidaria de la costura, no lo niego, y creo que la aguja y la tijera no tienen por que cederle el paso ni al pincel ni al buril. El trabajo de una muger de nuestros dias es algo tan artístico, o tan complicado como lo es la composicion de un bello cuadro»), pero su gesto acaso más interesante es el de reposicionar a la costura – también – como una actividad masculina propia de los guerreros.

Es tan recomendada la utilidad de ocupar las manos, que en el ejército inglés, los oficiales, para distraer sus ocios, bordan ellos mismos sus chinelas y hacen otras muchas labores; y de seguro que no podrá tach rseles de afeminados   los robustos *horse guards*. Coincidencia curiosa: en el ejército de San Martín, muchos oficiales bordaban con primor. Mi padre, el General Mansilla, me cort  mi primer traje de muñeca, y enjug  de ese cuarto mis lágrimas, que corrian sin motivo aparente quizá fuera el despecho de no poder hacerlo yo misma (s.p.).

“La educación de la mujer” es una pequeña joya retórica hecha de sinuosas aristas. Costura, moda, familia, propiedad, belleza son temas sobre los que la autora discurre con un tono coloquial y una hondura insospechada. La moda es allí presentada como un rasgo de ‘civilización’ que tiende a subrayar la belleza de la mujer, una belleza que las mujeres cultivan no para agradar al público masculino – como éstos suelen comúnmente creer – sino para medirse con otras mujeres; y también como actividad económica promovida por la industria moderna.

La moda, ese Anteo que tan severamente trata el Sr. Varela, es un tirano que ha reinado en todos los tiempos. Tiene tantos adeptos!

Yo, quizás porque soy mujer, pienso que la moda y el lujo son esponentes de civilización, y que el embellecimiento de la mujer es, ha sido y será mientras ella reine, y reinará siempre, una ley natural.

Las leyes suntuarias fueron siempre una aspiración en todos los pueblos de las pasadas edades, pero a mi entender el lujo es uno de los problemas más intrincados de la economía política de nuestros días. El lujo alienta la industria y vive de ella y la hace vivir. ¿Cuántos obreros deben el sustento a la pieza de terciopelo que sirve después para cubrir las bellas formas de dos ó tres reinas de la moda? El problema es complejo y toca más de un resorte de nuestro organismo social. La moda rige y despotiza, no solo en lo relativo a los trajes, sino por lo que respecta al conjunto de necesidades artístico-elegantes que constituyen el agrado y el *confort* de nuestro modo de vivir actual (s.p.).

Sorprende, por tanto, la extrema lucidez de Eduarda Mansilla. Mientras que en *Recuerdos* elogiaba la independencia económica de las mujeres periodistas, en la escena porteña el tema de la moda renvía directamente a «la servidumbre de la aguja» (130), el carácter económico de la costura en tanto actividad principal de la mujer obrera que se quiere – o quisiera – emancipada.

Reporters femeninos son los que describen con *amore* el color de los trajes de las damas, su corte, sus bellezas, sus misterios, sus defectos; y a fe que lo hacen concienzuda y científicamente. Los *Yankees* desdeñan, y con razón, ese reportismo que tiene por tema encajes y sedas; hallan sin duda la tarea poco varonil. Es lástima que en los demás países no suceda otro tanto.

En ello además, las mujeres tienen un medio honrado e intelectual para ganar su vida; y se emancipan así de la cruel servidumbre de la aguja, servidumbre terrible desde la invención de las máquinas de coser. Más tarde debía aparecer la mujer *empleado*, ya en el Correo, ya en los Ministerios.

Un buena *reporter* gana en los Estados Unidos de doscientos cincuenta a trescientos duros mensuales (*Recuerdos*: 130).

Recuerdos de viaje despliega, entonces, un apabullante arsenal de *high life* y prestigiosos contactos, a partir de los cuales Eduarda Mansilla intenta legi-

timar una voz que entra a disputar en el escenario porteño local. Frente a la utopía del feminismo que abraza la causa obrera en la producción industrial textil y que brega por los derechos de la mujer en tanto asalariada, la reflexión de Eduarda vislumbra la situación con un escepticismo que la obliga a volver sobre antiguas costumbres hispanocriollas y revalorizarla ante todo en su rol de ‘madre’⁶. En una estampa de época, publicada en *El Plata Ilustrado*, un tal Florencio apuntaba así que la escritora solía presentarse de la siguiente manera: «soy la muger más muger que conozco; mi grande ufanía es haber dado á luz cinco muchachos sanos que me adoran y creen en mí como en un sér divino; y de mis conquistas, esas son las que trato de conservar con mayor anhelo» (575).

En el complejo posicionamiento que asume Eduarda frente a la moda se entrevé la sospecha de que en la ponderación rítmica y alternada, de colores y texturas cambiantes, se agazapa el imperativo del lujo y del consumo que el capitalismo propiciará luego como mandato – sin el desarrollo exagerado y compulsivo de la moda, el sistema industrial no habría podido desenvolverse ya que las necesidades reales de las personas resultaban escasas frente a los requerimientos de las máquinas que debían trabajar sin descanso. «Para ello y en el previsible antagonismo de los comportamientos ambiguos, mientras se alababan las ventajas de las conquistas conseguidas por la industrialización masiva, se mantenía la ficción social de las diferencias» (Saulquin 25). Ésta es la gran contradicción interna que permitió el fabuloso desarrollo del sistema de la moda occidental, en una sociedad que a la vez que se excitaba con las diferencias, pretendía saciarse con las homogeneidades del ‘estar a la moda’.

Lejos de simplificar el problema, entonces, Eduarda Mansilla observa con claridad que el tema «es complejo y toca más de un resorte de nuestro organismo social» porque «rige y despotiza, no solo en lo relativo á los trajes, sino por lo que respecta al conjunto de necesidades artístico-elegantes que constituyen el agrado y el confort» de la sociedad. Sopesa así el matiz económico que habilita cierta independencia a la mujer, pero reniega de toda utopía emancipatoria de obrera asalariada para revalorizarla desde una perspectiva pre-moderna: en su rol de madre y primera educadora del ciudadano.

⁶ En concordancia, también, con el positivismo romántico de Augusto Comte y su ‘Religión de la Humanidad’ – la cual encumbraba a la mujer en verdadero ‘ángel de la guarda’ y con ello auguraba el triunfo del espíritu positivo sobre la tierra, conciliando en su seno las necesidades afectivas e intelectuales de los hombres (Kolakowski).

Bibliografía citada

- Andreas-Salomé, Lou. *El erotismo*. Barcelona: José J. Olañeta. 1998.
- Alvarado-Larroucau, Carlos. "Les *Précieuses argentines*: littérature francophone d'Argentine". *Francofonía*, 2009 [s.l.e.]: 194-215.
- Auza, Néstor Tomás. *El periodismo de la Confederación, 1852-1861*. Buenos Aires: Eudeba. 1978.
- . *Periodismo y feminismo en la argentina, 1830-1930*. Buenos Aires: Emecé. 1988.
- Barthes, Roland. *El sistema de la moda*. Barcelona: Gustavo Gili. 1978.
- Batticuore, Graciela. *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritoras en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires: Edhasa. 2005.
- Caras y caretas*, 1527 (7/1/1928): 108. Semblanza sin firma.
- Chikiar Bauer, Irene. *Eduarda Mansilla entre-ellos. Una escritora argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Biblos. 2013.
- Florencio [Pombo, Rafael]. "Eduarda Mansilla de García". *El Plata Ilustrado*, segundo semestre, 48 (8 de set. 1872): 573-575.
- Frederick, Bonnie (comp. y pról.). *La pluma y la aguja: Las escritoras de la Generación del '80. Antología*. Buenos Aires: Feminaria. 1993.
- García-Mansilla, Daniel. *Visto, oído y recordado: Apuntes de un diplomático argentino*. Buenos Aires: Kraft. 1950.
- Goldgel, Víctor. *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI. 2013.
- Historia crítica de la literatura argentina. La lucha de los lenguajes*. Director del volumen Julio Schwartzman (Dirección general Noé Jitrik). Buenos Aires: Emecé. 2003.
- Iglesia, Cristina (ed.). *El ajuar de la patria*. Buenos Aires: Feminaria. 1993.
- Jitrik, Noé. *El mundo del Ochenta*. Buenos Aires: CEAL. 1982.
- La Gaceta musical*, (23 de junio de 1879), VI: 8. Semblanza sin firma.
- Lagomaggiore, Francisco (compilador). *América literaria: Producciones selectas en prosa y verso*. Buenos Aires: Imprenta de La Nación. 1883.
- Lojo, María Rosa. "Entre la barbarie yankee y la utopía de la mujer profesional". Eduarda Mansilla. *Recuerdos de viaje*. Córdoba: Buena Vista. 2011: 11-37.
- Kolakowski, Leszek. *La filosofía positivista*. Madrid: Cátedra. 1979.
- Mansilla de García, Eduarda. "Política europea (A propósito de los *Recuerdos de viaje*)". *El Nacional*, (29 de noviembre de 1880): s.p.
- . "Educación de la mujer". *La Nación*, (28 de julio de 1883): s.p.
- . *Lucía Miranda*. Ed., introducción y notas de María Rosa Lojo, con la colaboración de Marina Guidotti (asistente de dirección), Hebe Molina, Claudia Pelossi, Laura Pérez Gras y Silvia Vallejo. Madrid: Iberoamericana - Frankfurt am Main: Vervuert. 2007².
- . *Cuentos*. Edición crítica anotada a cargo de Hebe Beatriz Molina. Buenos Aires: Corregidor - Ediciones Académicas de Literatura Argentina. 2011².
- . *Recuerdos de viaje*. Prólogo de María Rosa Lojo. Córdoba: Buena Vista. 2011³.
- . "¿Qué fue? Reminiscencia. Dedicada á mi amigo el doctor Clausolles". *Almanaque Sud-Americano para el año 1885*. Buenos Aires: Librería de El Siglo Ilustrado. 1885: s.p.
- Masiello, Francine. *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation, and Literary Culture in Modern Argentina*. Lincoln: University of Nebraska Press. 1992.
- . *La mujer y el espacio público. El periodismo femenino en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Feminaria. 1994.
- Matto de Turner, Clorinda. "Las obreras del pensamiento" (Conferencia de Clorinda Matto de Turner en el Ateneo de Buenos Aires, el 14 de diciembre de 1895). *Boreales, miniaturas y*

- porcelanas*. Buenos Aires: Imprenta de Juan A. Alsina. 1902 [consulta en línea: <<http://evergreen.loyola.edu/tward/www/mujeres/matto/obreras/obreras.html>>].
- Mizraje, María Gabriela. "Eduarda Masilla o la pampa ilustrada". Eduarda Mansilla. *Pablo o la vida en las pampas*. Estudio preliminar de María Gabriela Mizraje. Buenos Aires: Biblioteca Nacional - Colihue. 2007: 11-80.
- Molina, Hebe Beatriz. "Instroducción". Eduarda Mansilla. *Cuentos (1880)*. Buenos Aires: Corregidor - Ediciones Académicas de Literatura Argentina. 2011: 9-88.
- Saézn Quesada, María. "Eduarda Mansilla de García". *Todo es Historia*, XXIX, 344, Buenos Aires (mar. 1996): 36-38.
- Sarmiento, Domingo F. *Obras completas*. LVI. Buenos Aires: Luz del Día. 1953.
- Saulquín, Susana. *La muerte de la moda, el día después*. Buenos Aires: Paidós. 2010.
- . *Historia de la moda argentina. Del miriñaque al diseño de autor*. Buenos Aires: Emecé. 2006.
- Spicer-Escalante, Juan Pablo. "En su calidad de *viajera distinguida*: La constitución de una voz femenina del viaje en *Recuerdos de viaje (1882)* de Eduarda Mansilla". Eduarda Mansilla. *Recuerdos de viaje*. [s.l.]: Stockcero. 2006: 7-26 [consulta en línea: <http://www.stockcero.com/pdfs/9789871136575_SAMP.pdf>].
- Szurmuk, Mónica. *Miradas cruzadas: narrativas de viaje de mujeres en Argentina 1850-1930*. México: Instituto Mora. 2007.
- Terán, Oscar. *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos. 1986.
- . *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la cultura científica*. Buenos Aires: FCE. 2000.
- Varela, Juan Pedro. "La educación de la mujer". Francisco Lagomaggiore (ed.). *América Literaria. Producciones selectas en prosa y verso*. Buenos Aires: Imprenta de La Nación. 1883.
- Viñas, David. *Viajeros argentinos a Estados Unidos*. Buenos Aires: Santiago Arcos. 2008.